

El niño en el psicoanalista*

Florence Guignard

INTRODUCCION

En el prólogo de este número de la *Revue française de psychanalyse*, consagrada a *El niño en el adulto*, los redactores de entrada hacen notar que este enunciado "...parece tocar lo más íntimo de nuestra identidad de psicoanalista".

Suscribo totalmente esta observación: me propongo abordar la reflexión a propósito de este "niño", desde un punto de vista teórico-técnico implicando muy específicamente la contratransferencia; enunciaré dos hipótesis en función de ese objetivo, complementarias entre sí.

1) La *primera hipótesis* se apoyará sobre la omnipresencia de la referencia, explícita o implícita, al "niño" y a lo "infantil" a lo largo de toda la obra de Freud, en primer lugar, y luego de sus continuadores incluyendo todas las tendencias.

Esta referencia permanecerá siempre inabarcable en el campo del psicoanálisis, porque afecta tanto la dimensión metapsicológica como la situación de la clínica analítica cotidiana y ello, aun si desde el punto de vista conceptual "...no es el mismo *niño en el adulto* que se ve aparecer"... en los diversos autores-psicoanalistas, y aun si los criterios de definición de este "niño" varían de un texto a otro de un mismo autor, comenzando por Freud.

A partir de un intento de definición de este "niño-en-el-paciente", propondré una primera hipótesis que concierne a los efectos de su impacto sobre el psiquismo del psicoanalista.

* Publicado en *Revue Française de Psychanalyse* © PUF, tome LVIII, Partie 3, 1994, pp. 649-659.

2) La *segunda hipótesis* se apuntalará sobre el status absolutamente particular en que se encuentra el psicoanalista en cuanto a los criterios de terminación de su propio análisis y en cuanto al reacomodamiento postanalítico de la represión de sus propios elementos infantiles.

En efecto, como en todo sujeto no psicótico, es el “niño” en él quien había dado lugar, en el futuro psicoanalista, a una neurosis infantil, designando con este término la prevalencia de una organización edípica, aun si fuera patológica, en el funcionamiento psíquico de un individuo. Y si nos fue necesario, a lo largo de los años, reconocer que la neurosis infantil no puede nunca ser totalmente “disuelta”, como lo esperaba Freud, corresponde, de pleno derecho, esperar una auténtica modificación estructural por la acción del proceso psicoanalítico, y que el término “neurosis de transferencia” conserve todo su sentido por lo menos para los pacientes neuróticos.

Sin embargo, las modalidades particulares del ejercicio profesional del psicoanalista plantean problemas inevitablemente en lo que concierne al devenir post-psicoanalítico, tanto de los procesos normales de represión como del “niño” en él, “niño” modificado y nuevamente reprimido por un lado, “niño” en tanto que expresión de la actividad del preconscious *in statu nascendi* por otro. Expondré mi hipótesis en relación al tema de este conjunto, que constituye el “niño” en el psicoanalista.

Concluiré ilustrando muy brevemente algunas situaciones de interacción de estos elementos infantiles en el interior de la contra-transferencia del analista.

I) EL PSICOANALISTA Y EL “NIÑO” EN EL PACIENTE

No resulta superfluo detallar un poco lo que constituye la omnipresencia de la referencia al niño en los descubrimientos del psicoanálisis:

a) Una organización pulsional que se expresa desde el nacimiento bajo la forma de la sexualidad infantil, pregenital al comienzo, luego genital, con su polimorfismo de aspecto perverso y la tendencia del principio de placer-displacer que prevalece, en la construcción dolorosamente fructífera del principio de realidad.

b) Un funcionamiento psíquico inconsciente que produce desde el nacimiento contenidos psíquicos por un lado, y por otro una

instancia represora que funciona toda la vida según dos modalidades: primaria y secundaria, siendo que la puesta en funcionamiento de la segunda modalidad no suprime la actividad de la primera.

c) Una estructuración del psiquismo estratificada desde las primeras relaciones de objeto, y constituida por un inconsciente que es a la vez continente de lo reprimido y reservorio pulsional inagotable, con un consciente en relación con los objetos de la realidad exterior (sensorial) y que preside las acciones (motrices) aplicadas a este mundo exterior; finalmente, un preconscious, interfaz que regula una relación osmótica entre las dos instancias citadas anteriormente.

d) Resultado de este preconscious-interfaz, es la doble espiral de los procesos primarios y secundarios como matriz de la vida de fantasía por un lado y de los procesos de simbolización por otro, dando lugar, al conjugarse estos dos mismos procesos, al nacimiento del pensamiento humano.

e) La organización edípica, específica de la especie humana, con los diferentes niveles de complejización, tanto relacional como identificatoria, tanto objetualizante como narcisística.

f) Conceptualizado como un espacio psíquico, se halla disponible el encuadre-continente de esta organización edípica, para el libre intercambio de las conflictualidades intrapsíquicas entre las tres instancias: Ello, Yo y Superyó.

g) La neurosis infantil como modelo axial, tanto de la psicopatología como de la situación terapéutica, bajo su forma homóloga de neurosis de transferencia, dando los puntos de fijación y el mecanismo defensivo de regresión, el impulso al incesante recorrido entre el pasado y el presente, entre las formas infantiles y las formas adultas de investidura y de pensamiento.

De modo que, sea cual fuere el marco de referencias teóricas, el psicoanalista en actividad deberá tener en cuenta en forma constante y simultánea:

– el “espesor” de la organización pulsional infantil de su paciente y las paradojas de la expresión de sus investiduras en el movimiento transferencial del *hic et nunc* de la sesión;

– el peso de la historia infantil relacional e identificatoria de su paciente, en el modo de investidura –placer/displacer/realidad– y de diferenciación que éste operará, entre la vida de fantasía y los estímulos exteriores;

– los diferentes modos de pensamiento infantil del paciente, atados a los diferentes puntos de fijación en su neurosis de trans-

ferencia y los elementos constitutivos de su neurosis infantil, a los que se agregan generalmente elementos traumáticos y transgeneracionales.

Así, en este extraño conglomerado histórico-ahistórico que es el ser humano, habrá siempre un “avant coup” a todo recuerdo, toda representación, toda huella mnésica, del mismo modo que toda moción afectiva –sin lo cual nada habrá de “après-coup”. Es decir, que, sea cual fuere la sofisticación de la asociatividad del analizado y de las opciones teóricas del psicoanalista, este último encontrará siempre, en su paciente, una serie de “puntos de avant-coup”, emergencias primeras e irrepresentables de las pulsiones en la vida psíquica, de las que saldrán las fantasías por un lado y por otro, las experiencias sensoriales bajo forma de huellas mnésicas.

Más allá de lo “infantil bien-educado” –quiero decir concebible y representable–, son estos “puntos de avant-coup” los que constituirán la base de lo que se puede definir como el “niño” en el ser humano.

Irreductible, único y por eso mismo, universal, el Niño –como se dice el Hombre o la Mujer– es eso a través lo cual va a advenir nuestro psiquismo, en todos los desarrollos de su bisexualidad psíquica organizada por el Edipo. Comparte la fuerza pulsional prodigiosa cuyo fantástico despliegue puede constatarse en el ritmo del desarrollo psíquico de los primeros tiempos de la vida. Y si hasta nuestra muerte continúa funcionando bajo la forma de una doble espiral, tanto a nivel de los procesos edípicos secundarios como a nivel de los mecanismos primitivos, es porque este “niño” en el ser humano, en los márgenes de nuestra animalidad, es la estructura de base depositaria y contenedora de nuestras pulsiones, tanto libidinales o de odio, como epistemofílicas.

Aun en las patologías más graves se puede encontrar al “niño” en el ser humano, a condición de que no se cometa el error de confundir estas patologías con el modo de organización normal de este “niño”.

En otras palabras, el “niño” constituye en cada uno de nosotros y durante toda la vida, la preforma permanente de todas nuestras actividades mentales hasta los límites del inconsciente y del preconscious, preforma subyacente de las organizaciones más maduras que van a “dar el tono” a nuestro funcionamiento habitual de adulto, una vez que la cura analítica haya desanudado los puntos de fijación que determinaban nuestros modos de ser y de tener, en una repetición estéril.

A partir de esta propuesta de definición, se me hace posible enunciar mi *primera hipótesis*, que se sostiene en tres puntos:

1) El “niño-en-el otro” produce en todo ser humano, haya sido analizado y aun psicoanalista, un impacto que es fuente de excitación, en razón de la fuerza pulsional que se desprende de él. Según mi opinión, el punto de impacto de esta excitación sobre el preconsciente del psicoanalista se sitúa muy exactamente en el nivel de sus puntos ciegos. Estos puntos ciegos están formados, por un lado, por los aspectos no analizados anteriormente, por otro lado son retoños pulsionales actuales de su inconsciente, que toman inevitablemente una forma infantil.

2) Igualmente, en el punto de impacto de esta excitación sobre el preconsciente del psicoanalista se originará la parte de contratransferencia que constituye la preforma de la función “encadrante-continente” del análisis.

3) El destino de esta excitación en el psicoanalista es de diversificarse, sublimándose por un lado en su actividad de escucha y de elaboración interpretativa, y por otro, sufriendo una nueva represión destinada a mantener una situación para-excitante.

Contrariamente a lo que podría sugerir una visión lineal del desarrollo psicogenético, pienso que no solamente la represión secundaria entrará en juego en el psicoanalista para tratar este problema. A la excitación arcaica responderá igualmente el primer sistema de defensas organizadas alrededor de la represión primaria, mientras que corresponderá a la represión secundaria venir a controlar este primer nivel de defensas por medio de la intervención de un Superyó post-edípico, a falta del cual el “niño” en el paciente constituiría el punto de choque de eventuales tendencias perversas no elaboradas en el analista.

II) EL PSICOANALISTA Y EL “NIÑO” EN EL MISMO

Esta primera hipótesis requiere una serie de reflexiones complementarias y ante todo la necesidad de tomar en cuenta el homólogo del “niño” en el paciente, a saber: el “niño” en el analista.

Se impone preguntarse qué lugar tendrá este “niño-en-el-psicoanalista” en la articulación postulada precedentemente y según la cual la excitación suscitada en el psiquismo del psicoanalista, en el punto de impacto de “el-niño-en-el-paciente”, será a la vez lugar de

represión y fuente de una preforma encuadrante-continente para la cura analítica.

Está justificado pensar que las cualidades y características de este “niño-en-el-psicoanalista” jugarán un rol capital en este doble proceso originado por la regularidad y la duración de los encuentros analíticos pluri-hebdomadarios con las cualidades y características del “niño-en-tal-paciente”.

Tal como es lógico en la herencia del pensamiento freudiano, situar, aun en el psicoanalista, los “puntos ciegos” del lado de lo pulsional y de lo infantil –es decir, del “niño” tal como lo he redefinido más arriba– no podría evitar, para formular mi *segunda hipótesis*, abordar una reflexión sobre las exigencias particulares que atañen a los criterios del análisis personal del psicoanalista.

A pesar que se trata de un tema tan inefable para las instituciones psicoanalíticas como el sexo de los ángeles para las instituciones religiosas, se puede sin embargo esperar encontrar cierto consenso alrededor de la idea, vaga y general, según la cual un psicoanalista debería haber efectuado un trabajo analítico personal “suficientemente profundo y detallado” como para permitirle escuchar a su paciente, sin tener que movilizar en él mismo defensas que lo llevarían a trabar demasiado la buena marcha del proceso en sus analizados y especialmente, que debería poder no necesitar el uso de un modo de defensa demasiado proyectivo y no sufrir inhibiciones muy invalidantes del pensamiento asociativo.

Sin embargo, nada ha sido dicho aún sobre el devenir de los elementos infantiles en el psicoanalista, aquellos mismos que habían dado lugar a una neurosis infantil, en principio “disuelta” por la acción del proceso analítico a través de la “resolución” de su neurosis de transferencia.

Mi hipótesis sobre este tema está ligada a cinco puntos:

1) La disolución de una formación neurótica no implica la disolución de los elementos pulsionales, relacionales e identificatorios que estaban incluidos en su trama. Contrariamente, se puede esperar una liberación de esos elementos, que por un lado van a reorganizarse y serán reinvestidos en las dimensiones narcisística y objetal modificadas, y por otro lado sufrirán una nueva represión, menos invalidante que la precedente pues será más adecuada.

2) Uno de los aspectos más importantes de estas nuevas inversiones en el psicoanalista para el ejercicio de su función, está constituido por su capacidad de utilizar de manera más adecuada los

límites de su Yo –reforzados y mejor delimitados gracias a su trabajo analítico personal– como contenedor del “niño” en él mismo.

Esta capacidad, antídoto de los desbordes patológicos del narcisismo, reduce, para el psicoanalista, el peligro de dejarse seducir y llevar por este “niño” en él mismo. En efecto, es necesario también contar con las características de este “niño” que, en el adulto, busca imponer la omnisciencia y la omnipotencia de “Su Majestad el Bebé”. Así, en el psicoanalista, esta omnisciencia lo podría llevar a incluir al paciente en una imagen narcisística sobre la que aplicaría interpretaciones proyectivas, y su omnipotencia lo pondría en riesgo de ser impulsado a cometer *acting-out* contra-transferenciales diversos.

3) Como la represión se apropia por definición de lo que gravita alrededor de lo pulsional infantil, lo traumático y la patología de los objetos internos –objetos de los objetos internos y problemáticas transgeneracionales–, las ediciones nuevas de la represión en el psicoanalista no atraerán solamente los aspectos no enunciados o no analizados durante su cura analítica, sino también lo que podría designar como los elementos constitutivos de su *Weltanschauung*: especialmente, sus teorías sexuales infantiles –que subtienden evidentemente sus teorías metapsicológicas– así como sus recuerdos encubridores –de los que Freud llegó hasta considerar que “contrabalanceaban completamente la famosa amnesia infantil que es tan importante para nosotros desde un punto de vista teórico... Representan los años olvidados de la niñez de manera tan exacta como el contenido manifiesto de un sueño representa los pensamientos del sueño” (Freud, S., 1914).

4) Por otro lado, en el psicoanalista como en todo otro ser humano, el status del “niño”, tal como lo he definido más arriba, se sitúa en la articulación pulsional de las formaciones psíquicas.

Esto tiene una consecuencia muy importante para el funcionamiento del psiquismo del psicoanalista en ejercicio. En efecto, al estar a cargo de la neurosis infantil de su paciente bajo la forma de su neurosis de transferencia, deberá en su escucha psicoanalítica, estar constantemente atento al “niño” en él mismo. Pienso sin embargo, que no podrá serlo de manera realmente psicoanalítica más que en la exacta medida en la que no se contentará con escuchar a ese “niño”, sino que también observará el funcionamiento del “niño” en él mismo, en el *hic et nunc* de la sesión.

Ahora bien, esta actitud contratransferencial que puede parecer

ir de suyo, es en realidad la expresión de una situación que está lejos de ser simple. En efecto, supone que el analista pase su tiempo de ejercicio profesional en luchar contra la represión que intervino en él “terciariamente”, normalmente, en un tiempo postanalítico, sobre buena parte de esos elementos infantiles liberados de su organización neurótica.

En consecuencia, la excitación ligada a la fuerza pulsional del “niño-en-el-analista” se verá artificialmente desviada en parte de su destino –que es la represión– a fin de permanecer al servicio de la actividad profesional de éste.

5) Llegamos así a la cuestión planteada por Freud, sobre el análisis con terminación o sin terminación: “Parece, escribe, que un cierto número de analistas aprenden a utilizar mecanismos defensivos con el objetivo de alejar de sí mismos las implicaciones y exigencias que implica el análisis, desviándolos hacia otras personas, de modo que ellos siguen siendo como son y pueden sustraerse a la influencia crítica y correctiva del análisis”. Agrega, un poco más lejos: “No sería sorprendente que el efecto de una preocupación constante con todo el material reprimido que lucha por su libertad en la mente humana comenzara a bullir en el psicoanalista lo mismo que las exigencias pulsionales, que de otro modo es capaz de mantener reprimidas” (Freud, S., 1937).

Se recordará que Freud hace seguir estas observaciones por el consejo, para todo analista, de retomar un tiempo de análisis cada cinco años, lo que lo lleva a constatar: “Esto significaría en consecuencia que su propio análisis, y no solamente el de sus pacientes, se transformaría desde una tarea terminable en una tarea interminable”.

Considerado bajo el ángulo del “niño” en el adulto, el ritmo propuesto por Freud para retomar un tiempo de trabajo analítico personal –cinco años– no puede no evocar la edad edípica.

Según mi hipótesis, la excitación producida en el analista por el impacto sobre su preconsciente, del “niño” en el paciente, excitación mantenida artificialmente fuera del proceso normal de represión por las necesidades de la escucha analítica, no provienen tanto de los conflictos infantiles que habrían escapado anteriormente al análisis personal del analista. Más bien, de lo que este mantenimiento experimental de “el niño-en-el-analista” tan cercano como sea posible de la conciencia, es decir, de esta constante atención y escucha del punto de entrada de lo pulsional en lo psíquico.

III) ENFERMEDADES INFANTILES EN LA CONTRATRANSFERENCIA

Nos aproximamos así, bajo el ángulo específico de la contratransferencia, a algo de la descripción hecha por Freud, de los personajes de la escena primaria tal como la descubre a propósito del Hombre de los Lobos: escena de cuatro personajes, el padre, la madre, el niño y la niña pequeña –a lo que D. Meltzer agrega el bebé *in utero*.

Estamos ciertamente acostumbrados a detectar, en el discurso de nuestros pacientes, nuestro lugar parental en la transferencia, y puede parecernos obvio vivenciar este lugar de manera análoga en nuestra contratransferencia. Pienso, por las dos razones siguientes, que se trata de una falsa evidencia:

– por un lado, es posible encontrarse en el analizado, en presencia de un camuflaje del “niño” en él, “niño” cuya omnipotencia puede imponer la severidad normal, aun si eventualmente un poco demasiado intensa, de un Superyó parental post-edípico. Hay que tener en cuenta que las estructuras de estas dos instancias –Yo naciente, *hilflosig*, y Superyó constituido– son totalmente heterogéneas, y nuestras intervenciones interpretativas correrían el riesgo de ser gravemente erróneas si dirigimos a la una el discurso que concierne a la otra. En este punto los parámetros de lo arcaico, lo grupal y lo transgeneracional (Bégoïn-Gugnard, F., 1990; Kaës, R. y otros, 1993) pueden ayudarnos a pensar la situación;

– por otro lado, si no se detecta en el paciente la fuente infantil de la excitación producida en nosotros, al mismo tiempo no podríamos detectar el “niño” en nosotros y en consecuencia, el punto de impacto en que actúa esta excitación. Esta última tenderá a ser reprimida antes de haber sido sometida a nuestro autoanálisis, con el riesgo desde ese momento, de resurgir contratransferencialmente en nuestras acciones o nuestras somatizaciones.

Recordando que la diferencia de sexos y de las generaciones no aparece más que al término de una larga elaboración del complejo del Edipo, este modelo el “niño-en-el-psicoanalista” nos permite descubrir, entretelado en las diversas fantasías edípicas a las que estamos acostumbrados –y cuyas transferencias materna y paterna constituyen los prototipos – todo un juego de intercambios, al hilo de la identificación contratransferencial, al nivel de los “niños” incluidos en las escenas primarias respectivas del analizado y del analista. Este juego, sutil y complejo, se despliega en el espacio caracterizado por Freud desde los *Tres Ensayos...* a saber en los límites del

polimorfismo y de la perversión. En consecuencia, con efectos sobre el desarrollo y el equilibrio de la vida psíquica de los dos protagonistas de la cura analítica.

Niño-espejo, niño-doble, niño mimético, el niño en el psicoanalista podrá también ser vivenciado como niño complementario, niño-padre, niño-cuidador, pero también niño celoso, niño-rival, niño-asesino, parricida, matricida o fraticida en la contratransferencia.

Sin embargo, el “niño en el psicoanalista” es útil muy a menudo como elemento dinamizador del conflicto intrapsíquico en la relación transfero-contratransferencial:

Así este psicoanalista que, luego que un niño autista y mudo de cinco años reaccionó con una emisión sonora, a la caída inesperada de un objeto, se pone a hacer caer objetos esperando internamente que el niño los recogiera, y descubre que se siente identificada con un niño de algunos meses que espera eso mismo de su madre, en un juego que prelude al “*fort-da*”. Para su gran sorpresa, el niño se pone a “jugar el juego” con un placer de la relación totalmente novedoso, y comienza a vocalizar por primera vez, premisa de la terminación de la mudez.

Así también, este otro psicoanalista que, frente al hablar desafectivizado de una paciente adulta sobre un acontecimiento de su infancia, lo experimenta como algo que, para ella-niña, había sido ciertamente intensamente traumático, aun si no hubiera aparentemente jamás vivido una situación análoga. Elige intervenir describiendo el desamparo que *habría podido* sentir una pequeña niña de esa edad, viviendo esos acontecimientos. Esta intervención permite a la paciente encontrar el contacto con fuertes emociones reprimidas, y la noche siguiente sueña con su analista bajo la forma de una pequeña niña que llega detrás de ella con un producto para cuidar sus *cabellos*, que asocia a sus *pensamientos*.

Así finalmente, ese psicoanalista, que al final del primer año de análisis y durante el curso de un intenso trabajo de des-condensación de un escenario perverso en un paciente que hacía intervenir dos mujeres de edades diferentes en sus actividades sexuales, escucha al paciente comentar hacia el fin de la sesión: “Es agradable pensar que me sigue una chica” –entendiendo por ello que el horario siguiente es ocupado por una mujer. El psicoanalista, último niño de su fratría, percibe en él un movimiento afectivo complejo relacionado con una niña que habría podido nacer des-

pués de él, y responde al paciente: “Una hermana que, como la suya, habría nacido once meses después que usted y le habría sido ofrecida por su madre.”

CONCLUSIONES

Ciertamente, existen igualmente numerosas aporías patológicas del doble modelo que propongo, que merecerían ser investigadas y descritas en otro trabajo.

Por ejemplo, en espejo con la omnipotencia sádica del “niño-en-el-paciente” que descarga sobre el analista, sesión tras sesión y sin capacidad de *insight*, torrentes de acusaciones repetitivamente destructivas, se puede encontrar “el-niño-en-el-psicoanalista”, que lanza una interpretación “para darse placer a sí mismo”, o el que, en rivalidad fraterna con el “niño-en-el paciente”, pretende mantener una sordera psíquica a todo lo infantil en el “otro”.

En todos estos casos y en muchos más, hay confusión entre la escucha y el mutismo en el analista, e ignorancia de la *Hilflosigkeit* de la prematuridad humana. El analista corre el riesgo entonces de repetir alguna cosa del “niño” en él mismo, en la relación analítica con su paciente, más que recordar y devenir capaz de soñarlo, diferenciándolo así del “niño” proyectado en él por el paciente.

Las aporías de este trabajo en la contratransferencia provienen de la interferencia inconsciente de aquellos aspectos infantiles del analista que no están contenidos en una coherencia edípica significativa. En principio, su trabajo analítico personal debió reducir el grado y la frecuencia de tales interferencias, pero hay que contar con la actividad incesante de lo “neo-infantil” producido por su inconsciente.

Es en este punto que podemos comprender porqué Freud comenzó por deplorar la existencia de la transferencia –y en consecuencia, de la contratransferencia: no habremos terminado nunca con lo infantil! Sin embargo, hoy y después de él, pienso que no podemos hacer otra cosa que felicitarnos, ya que en los retoños de nuestra sexualidad infantil se origina justamente la creatividad humana, incluyendo la que precede a nuestra actividad interpretativa.

La figuración del “niño-en-el-adulto” puede ayudarnos en el doble sentido en que, en el curso del desarrollo normal de una cura analítica, corresponde al psicoanalista mantener, en un equilibrio

económico flexible y creativo, los aspectos continentales y los reprimidos de su excitación en relación con el “niño-en-el-paciente”. No podrá conseguirlo más que si toma conciencia de los puntos de impacto y de relación, a menudo narcisística, con el “niño-en-el-psicoanalista” que permanece vivo en él. En este lugar encontrará el tono y las palabras adecuadas para intervenir en el nivel de apertura que le permita la organización de la neurosis infantil del paciente.

BIBLIOGRAFIA

- BÉGOIN-GUGNARD, F. (1990), OEdipe et la horde primitive. Culpabilité et mentalité de groupe, in *Psychanalyse dans la civilization*, Paris, 1993, 6, 5-29.
- FREUD, S. (1914) Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten, In *Schriften zur Behandlungstechnik*, p. 208, Frankfurt, S. Fischer Verlag, 1975.
- FREUD, S. (1937), Die endliche und die unendliche Analyse, In *Schriften zur Behandlungstechnik*, p. 388-389, Frankfurt, S. Fischer Verlag, 1975.
- KAËS, R.; FAIMBERG, H.; ENRIQUEZ, M.; BARANES, J.-J. (1993) *Transmission de la vie psychique entre générations*, Paris, Dunod, 1993.

Traducido por Mónica Serebriany.

Florence Guignard
80, rue Taitbout
75009 Paris
Francia